

El patrimonio cultural de los chicanos, ¿parte del mexicano?

Francisco Javier Guerrero*

*A la memoria de Elsa Malvido,
compañera en momentos fulgurantes de la vida.*

Recuerdo que en la película con incisivo título *Soy puro mexicano* (también conocida como *Primero soy mexicano*, filmada en 1950) se ridiculizaba a un joven que había nacido en México pero que se había educado en Estados Unidos de América (EUA), un “pochó”. Ese hombre desarraigado se reivindicaba al volver a ser mexicano (según la concepción de los que hicieron la película). Pero 21 años después, con motivo de un festival en Avándaro, en el Estado de México, al cual acudieron cientos de jóvenes, el escritor Carlos Monsiváis declaró que éstos constituían “la primera generación de norteamericanos que nacían en México”; ya no se trataba sólo de “pochos”, sino de una especie de “gringos” bastante especiales.

Según el historiador Enrique Krauze, el antinorteamericanismo actual en México caracteriza tan sólo a dos grupos que se van difuminando poco a poco: una extrema derecha tradicionalista arraigada en un catolicismo exclusivista y excluyente, sectaria, hispanófila y escasamente receptiva a las influencias del exterior, marcada por el pasado colonial, y una extrema izquierda, ilusionada con lo que fue la Unión Soviética, envuelta en la “guerra fría”, aborrecedora de la *Coca-Cola*, Doris Day y el *Milky Way*.

En efecto, en el seno de esa derecha sonaron fuertemente las diatribas estentóreas de José Vasconcelos en contra de las influencias denominadas “yanquis”, y su seguidor Carlos Pellicer (posteriormente simpatizante de la izquierda) proclamaba que los gringos eran unos ladrones y asesinos. Vasconcelos vituperaba en varios artículos periodísticos al famoso cómico del cine nacional, Germán Valdés, *Tin Tan*, alegando que sus filmes atentaban contra la identidad na-

cional. Y en la izquierda se vociferaba reiteradamente contra el “imperialismo yanqui” y su nefasta influencia.

México es un país vecino de EUA, como la mayoría de los mexicanos lo saben (pero muchos norteamericanos no están enterados de ello). Estados Unidos de América es la principal potencia económica del mundo, la más poderosa militarmente, y la que con sus decisiones políticas influye decisivamente en el resto del mundo, sobre todo en las áreas subdesarrolladas. Y hay que enfatizar especialmente en un hecho: su predominio cultural. En las mentes de muchos millones de hombres y mujeres en el mundo están mucho más presentes el Super Bowl, las compras en Wal-Mart, la repartición de los Oscar, la *Coca-Cola*, Walt Disney, los labios de Angelina Jolie, las desventuras de Britney Spears, la riqueza de Bill Gates, que las composiciones de Wagner, el muralismo mexicano, la culinaria caribeña o las indumentarias hindúes. Y la expansión cultural norteamericana ha hecho desaparecer multitud de expresiones culturales de otros pueblos o bien ha integrado otras a su propio repertorio de símbolos, representaciones, hábitos y costumbres, asimilándolos a su propio *ethos*.

Y México, desde luego, es un país pluricultural, pese a todas las tentativas históricas que han llevado a cabo políticos, intelectuales, “nacionalistas revolucionarios”, chovinistas oficialistas y otros enamorados de la “esencia” de lo mexicano, para que deje de serlo. Existen muchos Méxicos, y en el territorio mexicano abundan ecosistemas diferenciados, y podemos presenciar las existencias de paisajes que nos remontan al siglo XVI o que nos muestran imponentes emporios industriales propios del siglo XXI. Y, sin embargo, hay algo que nos preocupa: ¿será México en pocos años una réplica grandota de La Jolla, California, o de Amarillo, Texas?

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.



Conforme a las estadísticas norteamericanas, en la actualidad se encuentran en EUA 50 millones de latinos, la mayoría mexicanos, dentro de una población de 306 millones de habitantes. Y nos reproducimos como liebres. Ignacio Manuel Altamirano, el famoso pensador y político liberal, opinaba que con el tiempo México recuperaría pacíficamente los territorios que había perdido en la guerra con EUA en 1848. Naturalmente, esta predicción no resulta nada agradable para los norteamericanos, que consideran que su país tiene una esencia *WASP* (*White, Anglo-Saxon and Protestant*). Para ellos es una pesadilla que en Nueva York crezca *Puebla-York*, que los mexicanos toquen allá su música y preparen platillos regionales del país conquistado por Hernán Cortés, que los artistas aztecas (o mixtecos, otomíes, mestizos, criollos, etcétera) pululen por las tierras de los anglos y se hagan famosos, que sea honrada la Virgen de Guadalupe en los lares independizados en 1776, etcétera. ¿Se está creando una *Mex-América*?

El 5 de mayo y la identidad mexicana

La joven Cynthia Yamilé Hernández (lamentablemente desaparecida) escribió refiriéndose a la celebración del 5

de mayo por los mexicanos en Estados Unidos:¹ “Los chicanos, mexicanos, mexicanos-estadounidenses, poseen un común denominador: mantener y hacer prevalecer una identidad cultural resultado de una herencia difícil de eclipsar por la cultura estadounidense. Durante el 5 de mayo se refuerza lo mexicano de esta identidad; observamos actividades que nos hacen recordar una fiesta patronal, una fiesta tradicional que satisface el deseo de los mexicanos por oler, sentir, ver y pensar una tierra que abandonaron pero que no han podido olvidar.”

Y esa tierra no se puede olvidar porque es en ella en donde esos compatriotas se han formado como sujetos sociales, lo que ha implicado que posean atributos culturales que, sin embargo, en muchas regiones de la nación mexicana son diferentes o se conciben como jerárquicamente disímbolos. No es lo mismo la cultura mixteca en Oaxaca que la de los chilangos en el Distrito Federal, ni éstos le dan la misma importancia a los rasgos culturales dominantes en Yucatán que quienes poseen estos últimos. Sin embargo, se postula que todos tienen una identidad mexicana. Esta identidad proporcionada por la posesión de un patrimonio cultural compartido (y que no lo es tanto) por todos los mexicanos. El patrimonio cultural no es la suma de todos los elementos culturales que se han originado y desarrollado en el país; se compone tan sólo de aquellos que han sido definidos como altamente significativos y decisivos para definir la *nacionalidad* mexicana. Y esa definición, ¿de dónde proviene? Por lo general, ha sido impuesta por agentes de las ideologías dominantes y, en primer lugar, por quienes representan al Estado, ya que éstos han impulsado la formación de la nación partiendo de sus intereses como miembros de grupos y clases dominantes. Al hacerlo, privilegian ciertos elementos (el himno, la bandera, el culto a Juárez, las raíces aztecas, etcétera) discriminando o excluyendo a otros (los componentes de las culturas indígenas, la música y la danza de determinadas regiones, los caudillismos de líderes opositores como Flores Magón o Demetrio Vallejo, etcétera). Ello no significa que el patrimonio cultural no sea objeto de *interlocuciones* históricas con los grupos dominados, ya que la hegemonía cultural no se logra sin acuerdos entre todos los grupos sociales en coyunturas determinadas; es evidente que el Estado mexicano ha incorporado al patrimonio cultural muchos rasgos derivados de culturas populares.

¹ Como se recordará, el ejército mexicano, al mando del general Ignacio Zaragoza, derrotó a los invasores franceses y sus aliados en los alrededores de la ciudad de Puebla, el 5 de mayo de 1862.



Los compatriotas en EUA se hallan sometidos a la hegemonía cultural de otro Estado: el norteamericano, y, por otra parte, muchos de ellos intentan desarrollar focos de resistencia contrahegemónicos, *revitalizando* las culturas mexicanas. En este proceso, sus diferencias disminuyen y tratan de reforzar su identidad nacional, a la vez que procuran reafirmar sus concepciones y hábitos regionales y estatales. Allá en EUA un sonoreño reconoce a un yucateco como mexicano, y viceversa. El resultado es la conformación de una cultura México-norteamericana (chicana) con elementos propios de las culturas tradicionales, los cuales se transforman cualitativamente en tierras norteamericanas, pero sin perder sus señas de identidad (de la misma manera que la salsa, danza nacida en Nueva York, expresa claramente rasgos de la cultura caribeña, para citar un ejemplo). A la vez, los mexicanos en EUA adoptan como propios varios complejos culturales de los anglosajones y

de los afroamericanos, aunque en no pocos casos esa adopción es enajenante.²

La emergente cultura chicana se enfrenta a dos hegemonías culturales en decadencia: la *WASP* y la del “nacionalismo revolucionario” en México. De esa manera, contribuye a la construcción de una hegemonía nacida de bases populares y, por ende, a la democratización de la nación que vio nacer a Lincoln y a la del país en donde Zapata vio la primera luz.

Bibliografía

Bonfil Batalla, Guillermo, *Pensar la cultura*, México, Alianza, 1989.
Hernández, Cynthia Yamilé, “Cinco de mayo, expresión de la identidad mexicana en Estados Unidos”, en *5 de Mayo*, México, núm. 1, julio de 2003, p. 14.

² Para los conceptos de cultura propia y enajenada, véase Bonfil (1989).